

ANATOMÍA POLÍTICA DE LOS SENTIMIENTOS

Gonzalo Federico Zubia

Universidad Nacional de Quilmes (Argentina)

Resumen

En *El corazón de la nación. Ensayos sobre política y sentimentalismo*, Lauren Berlant da cuenta del poderoso vínculo entre la elaboración de los mundos políticos y las emociones, y lo hace al desatar el hiato de sentimentalismo despojándolo de su condición de acto individual para reubicarlo en modos de articulación interseccional en la construcción del sentir nacional. De tal forma, las emociones pasan a ser epicentros del análisis político-cultural de las sociedades contemporáneas.

La lectura en clave emocional de la esfera pública de Berlant recorre diferentes tópicos: desde el trabajo infantil hasta productos de la industria cultural, y en todos ellos las formas en las que en las emociones se articulan la ciudadanía, la nación, circunscribiendo el potencial radical del mal-sentir. Por ello, Berlant nos habla de los modos de eculización del dolor bajo la forma estandarizada de la ciudadanía simétrica lesionada y de la política pública que repone la experiencia mancillada. Esto es: da cuenta de la inteligibilidad del dolor subalterno como política de identidad al convertir la experiencia específica de dolor en un trauma como categorial universal para su registro jurídico y la consecuente acción política de reparación. Y es aquí donde radica el potencial teórico de su análisis.

Palabras clave: política, sentimientos, emociones, análisis cultural.

Hay algo en los sentimientos que creemos que nos pertenece, que es nuestro, que es propio. Que es individual. Suponemos que un momento “tan íntimo” como el sentimental, tan *privado*, está lejos de ser un proceso colectivo, un proceso público. Es *nuestro sentimiento*. Parecería ser que dada la privacidad de un sentimiento lo es en tanto más alejada de la publicidad, lo público, esté. Distancia diametral de la emoción que hace de la *originalidad* del sentimiento un acto apolítico. Pero estos son tal vez pareceres...

En *El corazón de la nación. Ensayos sobre política y sentimentalismo* (México: FCE, 2012), Lauren Berlant nos invita a pensarlo desde otros modos. A contrapelo, diríase. Y por ello su lectura tanto nos convoca como nos moviliza.

Y lo hace porque desata ese hiato de sentimentalismo despojándolo de su condición de acto individual para reubicarlo en modos de articulación interseccional que dan cuenta del “poderoso vínculo entre la elaboración de los mundos políticos y las emociones”, tal cual dice Reguillo en el prólogo del libro (p.11).

Reubicada así la condición sentimental como proceso colectivo, las emociones pasan a ser factibles epicentros del análisis político de las sociedades contemporáneas –en su caso, específicamente EE. UU. y su cultura (aunque Reguillo advertirá: “Así, me parece que, al hablar de los Estados Unidos, Berlant no deja de hablarnos del mundo y de la máquina cultural moderna” P.10)–. Y es allí donde se ubica el potencial teórico crítico de su trabajo en este libro.

Es desde estos epicentros emocionales que Berlant disuelve el par oposicional público-privado no para anularlo ni para superarlo sin más, sino más bien para dar cuenta de lo que sucede *entre* ambos. Es en ese *entre*, tan inasible como retóricamente ensayado, el que cautiva para pensar la condición política de las emociones: ya no como actos individuales ni como exclusivamente colectivos, sino justamente en un *entre* que es a la vez potencia radical de transformación como hegemonía. Es allí entonces donde el aparato cultural construye la nación, la pertenencia. Y allí también, donde se ubica el cambio social.

La lectura en clave emocional de la esfera pública de Berlant inmiscuye múltiples aristas, pero su ejercicio intelectual no se orienta hacia disección de cada una como tecnología analítica de la división y la segmentación para el análisis social, sino más bien a una conjugación múltiple de operaciones de análisis contemplando la urdiembre social. No es deshojando los sentimientos y embalsamando las emociones que llega a entender cómo funcionan y operan, sino más bien describiéndolo en sus modos de articulación. Por ello, su anatomía política de las emociones no se orienta hacia el establecimiento de conceptos y definiciones específicas (conceptualismos), sino más bien a una descripción densa de cómo operan las políticas emocionales de la nación.

Son tres los ensayos reunidos en el libro traducidos por Victoria Schussheim.

El primero, *Dolor, privacidad y política*, es el ensayo introductorio a la obra de Berlant que delinea subliminalmente los rasgos de su pensamiento y su instrumental teórico que valdrán de marco de referencia para los ensayos siguientes. En la primera parte de este ensayo, *Dolor*, la autora explora el registro por parte de los medios de comunicación de talleres clandestinos y experiencias de trabajo infantil y su correlato con el *American dream*, y en este relevo identifica la asignación de un estatuto de excepcionalidad y reducción al exotismo de estas experiencias. Allí abre la sospecha por la emotividad del dolor y sus consecuencias políticas. Es en la reducción del trabajador explotado a una condición *infantil* despojado de sus derechos –cuasi *femenina*– y la privatización de su condición a un acontecimiento específico donde el sentimiento doloroso forma mundos políticos y el dolor masivo subalterno se constituye como el verdadero núcleo de la colectividad nacional. Será entonces el *dolor* el hiato que articulará tanto las políticas de reposición y enmienda contra los acontecimientos que mancillaron la democracia nacional como las formas universalistas de la ciudadanía simétrica a partir de las cuales puede ser expresado el malestar y repuesto a través de la convicción en la ley del orden. En suma, modos de eculización del dolor en una articulación que circunscribe su potencia. En *Privacidad*, la relación intersticial entre público-privado se da por la producción de vacío legal en la jurisprudencia normativa que hace del lugar de las emociones, justamente, un no lugar: disociación del lugar como forma experiencial. Es en la producción política de ese vacío, generado por el marco normativo que sostiene la privacidad –tan cara en la cultura yanqui liberal–, que las consecuencias de la hetero-norma, tanto la violencia de género como la homosexualidad, adquieren una condición de excepcionalidad desfigurando solapadamente los modos que la hacen posible. Apelando al *Mago de Oz*, entre otros productos culturales y casos judiciales, la consigna de “búscate un lugar donde no

haya problemas” asignada a Dorothy se convierte en la fantasía de la privacidad sostenida por el vacío: “La relación no enumerada entre *el* lugar en el que *tú* no vas a meterte en problemas y *un* lugar en el que *no hay ningún problema* expresa la difusa fantasía de la felicidad que se declara en el concepto constitucional de la privacía, cuya aparición en la legislación sobre la sexualidad durante los años setenta puso explícitamente la intimidad heterosexual en el territorio antagónico de la ciudadanía estadounidense” (p. 33. Cursivas propias de la autora). Es en los modos de ecualización de las formas experienciales de habitar los lugares, codificados en los modos expresivos de las emociones posibles, donde las políticas sentimentales expresan su densidad más problemática. Finalmente en *Política* –en una síntesis exquisita de los dos anteriores– se ocupa de pensar cómo en el modelo político de identidad *el trauma se presenta como verdad*. Esto es: la inteligibilidad del dolor subalterno como política de identidad al convertir una experiencia específica de dolor en un trauma como categorial universal para su registro jurídico y la consecuente acción política de reparación. Se abren así dos instancias problemáticas: la primera, las políticas afirmativas – bienestar, aborto, inmigración– se relacionan con la vida nacional menos en términos de la historia utópica de igualdad y más como historia traumática que buscar determinar que la jurisprudencia le otorgue *entidad*. Segundo, el modo de registro de los acontecimientos sugiere una pedagogía de la política sentimental como modo de identificación de un conjunto de experiencias de dolor bajo el designio de un trauma transcodificado para dar cuenta de la experiencia de injusticia. De este modo, ella se pregunta: “¿exactamente qué es lo que tiene de verdadero [la experiencia de dolor]?” (p. 50).

El segundo ensayo, *Pobre Eliza*, recurriendo a *El rey y yo* (obra de teatro musical escrita por Richard Rodgers y Oscar Hammerstein en 1951 luego llevada al cine por Walter Lang en 1956), *La cabaña del tío Tom* (novela escrita por Harriet Beecher Stowe en 1852), *Hoyuelos* –protagonizado por Shirley Temple– (película dirigida por Darryl F. Zanuck en 1936), *Los puentes de Madison* (escrita por Robert James Waller en 1992 y llevada al cine por Clint Eastwood en 1995) y *Beloved* (novela escrita por Toni Morrison Berlant en 1987 y llevada al cine por Jonathan Demme en 1998) profundiza en la densidad de la articulación entre la pedagogía de la política sentimental y la construcción de la figura de la ciudadanía como experiencia del trauma colectivo. Es la sublimación del dolor convertido en trauma colectivo, cuya operación subliminal es la opción por un repertorio de formas de expresión posible, la que des-hace la experiencia como modo de asimilación y conversión posible. La expresión del dolor subalterno convertida en lesión “humana” lo es en tanto *humanidad* misma del sujeto marginal que habilita al rescate heroico y la reposición de la condición ciudadana y del tejido social. La forma en la que esa lesión se *manifiesta* es la clave intelectual para aprehender las políticas sentimentales de la Nación. Esta pedagogía se exuda en los productos mencionados, representada en clisé y estereotipos (guiño frankfurtiano), pero no se agota ni acaba allí, va más allá en el tejido social como modo de relación y articulación política.

Finalmente, el tercer ensayo, *Casi utópico, casi normal. El efecto postfordista* en La promesse y Rosseta, también recurriendo a films (ambos dirigidos por Jean-Pierre Dardenne y Luc Dardenne), Berlant vuelve a

ocuparse de la niñez en circunstancias laborales dando cuenta cómo el trabajo absuelve del destino marginal-familiar-manifiesto de los personajes y el sacrificio arduo vale en la recompensa de entrar al reino de la felicidad. Y aquí nuevamente el hiato de las emociones: la felicidad perdida en el seno marginal se sublima a través del trabajo en la plenitud de la integración social. La *humanidad universal* corrompida a través del dolor es repuesta vía el trabajo.

En estos ensayos Berlant recurre en su descripción anatómica de las emociones a productos de la industria cultural (novelas, obras de teatro, películas). Pero no es esta recurrencia lo que vuelve erotizante su análisis para los estudios de comunicación (no es la carga pulsional del medio-centrismo comunicacional lo que se proyecta aquí), sino más bien en el modo en que tales productos son vectores de análisis cultural. Su lugar en el montaje ensayístico hace que funcionen menos como “objetos empíricos” de su investigación y más como artefactos culturales que potencian la reflexión y la crítica. Es esta pulsión analítica del diálogo con los materiales lo que más conmueve del libro de Berlant y lo que la ubica próxima a los estudios de comunicación/cultura desde los Cultural Studies: por su pensamiento fronterizo, border, inter, entre. Es en esta inter-dicción donde se ubica la potencia de su argumentación crítica.

Leer a Berlant resulta una “bocadana de aire fresco” –nos dice Reguillo–, por ello su lectura nos resulta imprescindible no para hacer de este texto un texto canónico –analítica de la disección– sino más bien un ejemplo de un esfuerzo operativo para pensar lo que hacemos.

Su lectura nos conmueve, nos apasiona, nos moviliza. Y lo hace no para abrir una “nueva línea de investigación” en los estudios culturales –o tal vez sí–, sino más bien para demostrarnos que se puede ser original dibujando mapas propios en la oscuridad. Es así que decidimos leer a Berlant.